



El domingo de Resurrección es el momento culminante de la Semana Santa, segunda gran fiesta del calendario cristiano. Es que Cristo muere el Viernes Santo como todo mortal, pero lo excepcional es que al tercer día resucita para demostrar su divinidad. Resucita como la naturaleza, porque la Pascua cristiana coincide en Europa con la primavera y su celebración se superpone y confunde con los ritos a la vieja diosa Ostara, festejada con huevos de colores, porque el huevo es símbolo del principio de la vida.

¿Por qué en los Andes y en Mesoamérica se celebran más la Pasión y Muerte de Jesucristo que su resurrección? En una antigua y soleada casa de Chosica Alta, Anne Marie Hocquenghem ensaya una explicación antropológica.

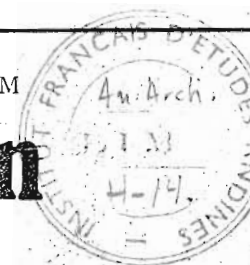
En Mesoamérica, abril es el fin de la estación seca,

cuando la llegada de las lluvias se hace indispensable. Las poblaciones precolumbinas consideraban que, para que llegara el agua, el universo tenía que estar en orden. Cualquier trasgresión social tenía que ser reparada. Por consiguiente, había necesidad de ritos expiatorios donde se suplicaba a adúlteros, pero también a niños y animales. Los propios sacerdotes mayas, por ejemplo, se pasaban soguillas por la lengua, se hincaban con espinas en labios y brazos, sacándose sangre y buscando conmover a los dioses con sus sufrimientos.

La imagen del Cristo sangrante con la corona de espinas y cargando la cruz para pagar los pecados del mundo, coincidió perfectamente con las tradiciones

CONVERSACION CON ANNE MARIE HOCQUENGHEM

Semana Santa en los Andes



Cusco— se ubicaba al poniente, allí donde el sol muere y donde habitan los muertos.

Abril, por el contrario, es el mes en que deben terminar las lluvias. Los muertos

ghem— la gran misa de Pascua tiene lugar a mediodía, con repique general de campanas. En los Andes, por el contrario, prácticamente no se celebra el domingo porque Cristo debe descender

paldas al templo (hasta donde recordamos, también el Cristo resucitado de Ayacucho entra de espaldas).

Quizás entra de espaldas porque en el mundo de abajo todo es al revés: los

mundo, existe una línea de continuidad, por lo menos desde Moche —y quizás desde Chavin— hasta la época Inca y hasta la actualidad. El estudio de las permanencias y continuidades en la cultura no constituye un mero preciosismo, sino que puede arrojar luces sobre motivaciones muchas veces ocultas que siguen actuantes entre amplios sectores hasta el día de hoy; desde la religión hasta la política, como han sugerido algunos análisis a propósito de Sendero Luminoso.

SEÑOR DE LOS MILAGROS

Y para terminar, una referencia al Señor de los Milagros. Hocquenghem afirma haber visto en Guatemala las procesiones con los fieles vestidos de morado —color de expiación— pero en abril. En los Andes, como dijimos, los ritos expiatorios sucedían en octubre, justamente el mes del Cristo de Pachacamilla, mes de temblores y de falta de agua.

Algunos indicios: en Pachacamilla vivían no sólo negros esclavos, sino los indígenas procedentes de Pachacamac, que habían sido reducidos allí, dando nombre al lugar. La imagen original fue pintada junto a una acequia (agua), por un negro (oscuridad, mundo de abajo). Los españoles quisieron destruirla, pero los encargados de hacerlo cayeron presa de temblores, semejantes a los que sufrían los afectados por el *taqui onqoy* en el S. XVI, temblores enviados por el señor de abajo.

¿Quién sabe, pues, si tras la imagen del Cristo moreno no subsistió de algún modo el viejo Pachacamac cuyo santuario, otrora forrado en oro y hoy olvidado a apenas 30 kilómetros de Lima, fue algún día la Roma del mun-

que y buscando conmovier a los dioses con sus sufrimientos.

La imagen del Cristo sangrante con la corona de espinas y cargando la cruz para pagar los pecados del mundo, coincidió perfectamente con las tradiciones precolombinas mesoamericanas. Fue fácil, entonces, que a través de las celebraciones católicas se perennizara la antigua tradición. Por eso hoy en cualquier pueblo de México se encuentran en Semana Santa penitentes que cargan la cruz, que se flagelan, representando la Pasión.

En los Andes, en cambio, el fin de la estación seca tiene lugar en octubre; y era en ese mes —Una Raymi— que tenían lugar los ritos de expiación, cuando los Incas ataban una llama en la plaza y no le daban de beber, haciéndola sufrir, como también hacían sufrir a los perros y llorar a los niños, para expiar las culpas colectivas y conmovier con ese sufrimiento a las huacas para que envíen agua.

Anne Marie Hocquenghem explica que en los Andes, los que enviaban el agua eran los antepasados, habitantes del mundo de abajo, del agua de los temblores. Su santuario —visto desde el

Cusco— se ubicaba al poniente, allí donde el sol muere y donde habitan los muertos.

Abril, por el contrario, es el mes en que deben terminar las lluvias. Los muertos —antepasados— que han regresado en noviembre (por eso se les celebra con comidas y *guaguas*) y han hecho crecer las plantas, deben irse porque las plantas ya están grandes y necesitan más bien sol. Una permanencia excesiva de los muertos acarrearía un exceso de lluvias y arruinaría la cosecha, pudriéndola.

Por eso en abril se celebran los ritos de agradecimiento y despacho de los muertos, que regresaban al mundo de abajo. Pero en el calendario católico la celebración de los muertos es sólo en noviembre y no dos veces al año. Por ello las poblaciones andinas transformaron quizá estos ritos en la celebración de la muerte de Cristo quien, a la manera de los antiguos antepasados, penetra en el mundo de abajo.

Eso explicaría una serie de peculiaridades. En Europa, Pascua de Resurrección es una fiesta diurna, solar. En Francia recuerda Hocquen-

ghem— la gran misa de Pascua tiene lugar a mediodía, con repique general de campanas. En los Andes, por el contrario, prácticamente no se celebra el domingo porque Cristo debe descender al mundo de abajo, pero no resurgir en ese momento del año; si lo hiciera significaría el regreso de los antepasados, de las lluvias, el trasto que total del ciclo agrícola.

Por eso tal vez las procesiones de Semana Santa son aquí de noche. Incluso en la gran procesión ayacuchana que tiene lugar entre sábado de gloria y domingo de resurrección, Cristo resurrecto regresa al templo en el momento mismo en que amanece, entre ruidos broncos de petardos (subterráneos).

¿Y el Señor de Luren, no es acaso el Señor del Hurin, es decir, de abajo y de adentro en la terminología andina?

Al Señor de los Temblores, que sale en Cusco el Lunes Santo, se le arrojan flores de *ujchu*, rojas, color del poniente, región de los muertos. Y al término de la procesión, cuando la luna llena asoma entre las dos torres de la Catedral, entra de es-

paldas al templo (hasta donde recordamos, también el Cristo resucitado de Ayacucho entra de espaldas).

Quizás entra de espaldas porque en el mundo de abajo todo es al revés: los muertos recogen sus pasos, todo el orden se invierte.

Una continuidad parecería existir desde la escena Moche que presentamos en esta página: allí se ve el mundo de abajo presídido por una de las representaciones de Pachacamac, donde todo está al revés y son las porras y las hondas las que llevan prisioneros a los guerreros. Una historia semejante recogió el padre Avila en Huarochiri a principios de la Colonia. Allí el informante asocia precisamente esta inversión del mundo con la muerte de Cristo (ver recuadro).

Interesada en la iconografía Moche, Anne Marie Hocquenghem ha innovado la etnohistoria peruana, que hasta hoy privilegiaba el estudio de las épocas tardías, especialmente el imperio Inca. A partir del estudio sistemático de escenas pintadas en ceramios mochicas, Hocquenghem ha probado que en muchos aspectos fundamentales de la visión del

St. XVI, temblores enviados por el señor de abajo.

Quién sabe, pues, si tras la imagen del Cristo moreno no subsiste de algún modo el viejo Pachacamac cuyo santuario, otrora farrado en oro y hoy olvidado a apenas 30 kilómetros de Lima, fue algún día la Roma del mundo andino.

(Carlos Iván Degregori)

DE "DIOSES Y HOMBRES DE HUARACHIRI"

Ahora vamos a contar otro cuento sobre la muerte del día. En tiempos antiguos, dicen, el sol murió, entonces, desde esa muerte, durante cinco días se hizo noche. Entonces dicen, las piedras (seres vivientes) se golpeaban entre sí; además, los que llamamos morteros —o sea los batanes— comenzaron a comerse a los hombres: asimismo, las llamas macho arreaban a los hombres. De eso nosotros los cristianos entendemos que se hizo la noche cuando murió nuestro Señor Jesucristo. Y es posible que así haya sido. (Traducción de Jan Sze-minsky).